

HOMENAJE A ESPAILLAT

“Pocas honras fúnebres han tenido lugar en nuestra Santa Iglesia Catedral, tan solemnes i concurridas, como las celebradas en dicho templo el 26 de abril de 1879, por disposición de la sociedad La Republicana, con ocasión del primer aniversario del mui sensible fallecimiento del ilustre repúblico e insigne patriota Ulises F. Espaillat, Presidente de la República i uno de los próceres de nuestra Restauración. En medio del templo se levantó un gran túmulo, obra del artista Alejandro Bonilla, el cual ostentaba las siguientes leyendas: “U. F. Espaillat, 25 de abril, 1878 — PATRIOTISMO: Sólo el bien de la Patria fué su anhelo — JUSTICIA: La memoria del justo nunca muere — ABNEGACION: Mas grande que él por las virtudes, ninguno”.

“La apología del insigne Espaillat la hizo con brillantísimas palabras, autorizado al efecto por el Jefe de la Iglesia, el notable orador, el Maes-

tro amadísimo a quien tanto distinguimos sus discípulos, don Federico Henríquez i Carvajal, quien desde niño, en los bancos de la escuela, se perfiló como orador”.

Con esas líneas honoríficas para el esclarecido prócer civil i de honor para el orador de orden, insertas en el diario de la mañana, ha recordado Luis Alemar el homenaje rendídole al finado ex Presidente, en los funerales celebrados en la Basílica en el primer aniversario de su muerte.

Han transcurrido sesenta i cuatro años, i hai dos generaciones, cuando menos, que no conocen la oración apologética pronunciada entonces por el Presidente de la sociedad La Republicana. Esa circunstancia nos ha movido a reproducir bajo estas líneas, tal como en seguida se copia, el discurso aludido i encomiado por el estudioso rememorador de actos i hechos históricos.

DISCURSO PRONUNCIADO POR FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL, PRESIDENTE DE LA REPUBLICANA, EN LOS FUNERALES DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ULISES FRANCISCO ESPAILLAT.

Señores:

No sin íntimo dolor se vuelven los ojos del alma hácia la tumba que guarda los restos ilustres, i hácia el cielo de la inmortalidad en que resplandece el espíritu del eminente patricio Ulises Francisco Espaillat. No sin dolor recuerda el patriotismo —en este día de duelo nacional— al excelente amigo del pueblo, cuya muerte deplora la patria, i a cuya memoria consagra tributos de adhesión i de simpatía la sociedad patriótica La Republicana.

¿Cómo no sentir i lamentar su eterna despedida, cuando la desaparición de ese astro de primera magnitud en el cielo de las virtudes públicas i privadas dejó sumidos en tinieblas a quienes en él veían, siempre complacidos, un alto ejemplo de civismo, un guía leal en la senda del bien, un ser carísimo a la sociedad i útil al perfeccionamiento moral de la República?

Ah, señores, aciago será siempre, día nefasto en los anales de nuestra historia, el día aquel en que abandonó la escena de la vida el modesto e insigne prócer Espaillat! Sí, que con su muerte perdió su hogar el benéfico rocío de sabios consejos i la luz de acendrado amor; la juventud, un maestro: un libro abierto al estudio de los que aspiran al aprecio de los hombres de bien, a ser útiles al linaje humano; el hombre público, de recta intención, de buena voluntad, un dechado perfecto de moral en acción, de fecundo patriotismo: la libertad, un apostol sincero; i una de sus personificaciones más conspicuas la democracia republicana.

I no se piense que juzgo a Espaillat dominado por la atracción irresistible que en mi ánimo ejerce la tumba en que yace un ser amado; nó, señores. Ahí está el testimonio honrado de sus biógrafos; ahí, su intervención civilizadora en la magna lucha con que la patria restauró su independencia; ahí, su paso de enseñanza filosófica por la región tentadora del poder; ahí, una vida laboriosa, de contracción eficaz al progreso moral e intelectual de sus conciudadanos.

Como quiera, señores, que analicemos ese gran carácter, sus perfiles se nos mostrarán severos, dignos de la antigua Grecia. Como quiera que estudiemos esa personalidad rica de nobles ideas i de sentimientos generosos, esa existencia que discurrió sin enojoso ruido, como las aguas de un gran río, inclinaremos la frente para meditar en sus ideas, i levantaremos el corazón para amar i bendecir sus sentimientos.

Hombre de ciencia i de conciencia, sobrio, modesto, amante de la igualdad, liberal por temperamento, republicano de razón i por doctrina, Espaillat recuerda a Franklin, el prototipo del demócrata austero.

Patriota desinteresado, ajeno a las discordias civiles, verdaderas apostasías de la libertad; pronto a volar en defensa de la integridad i autonomía de la República, pronto a volar al retiro de su hogar doméstico, ha merecido que se le compare con Cincinato.

Qué gloria, señores, qué dicha figurar en las pléyades de los hombres fuertes por su virtud! Qué honra merecer, en las páginas de los anales de Quisqueya, iguales conceptos a los que la



historia antigua consagra al labrador oscuro que libertó a Roma, i a los que la moderna historia dedica al ciudadano, amigo de Washington, que contribuyó a fundar la República modelo!

I, no cabe dudarle, la historia patria dirá a las generaciones futuras que Santo Domingo cuenta en el número de sus hijos predilectos al que supo vivir i honrar al país en la prensa i la tribuna, en la curul i los estrados, i bajo del solio presidencial del Poder Ejecutivo. Dirá que Espaillat, antes que cometer una injusticia, antes que violar su conciencia, habría preferido poner la mano, como Scévalo, en el fuego de una pira; i, antes que transgredir los preceptos de la lei, habría arrostrado la muerte con la serenidad olímpica del justo. Dirá que ese repúblico benemérito, en recompensa de su civismo, de su entereza, de su culto a las ideas de equidad i de justicia, de su virtud acrisolada, cargó sobre su corazón la cruz de las ingraticudes, i tuvo su calvario de dolorosa prueba. . . . Dirá que tuvo sed de paz i de concordia, i dirá. . . Señores, bajo las bóvedas del templo en que irradia la luz de la caridad no se deben oír otras palabras que las sublimes del Evangelio. Dejemos a la historia que pronuncie su fallo inexorable!

Santa misión la que confía la providencia a los hombres de bien, que en la vanguardia de la

civilización, con espíritu de verdad, tremolan la bandera del porvenir, llevando en el alma i en los labios la palabra de pase del siglo!

Espaillat figura en la falange de los elegidos de Dios!

Señores; un monumento nacional debe decir al mundo lo que fué ese patriota abnegado, primer presidente civil de la República; debe enseñar a la posteridad a que venera la memoria del íntegro magistrado "que llevó siempre sobre su corazón los males de la patria", i por cuya libertad i progreso pasó las vigiliass del sabio i del patriota. . . .! Pero, señores, el monumento más digno de Espaillat, más perdurable, el que le será más grato, lo ha erigido en todo corazón honrado el amor de sus compatriotas. Lo abona así el escogido cortejo que ha venido a honrar la memoria del eminente patricio.

La Republicana, mientras no le falte alientos para ello, vendrá en los aniversarios de su muerte a rendirle homenaje de indeleble afecto, a meditar en las virtudes que le enaltecieron i ha dejado en pos, como estela luminosa de su vida, ese dominicano célebre, que tuvo por divisa: **ABNEGACION, JUSTICIA i PATRIOTISMO.**

Ciudad de Santo Domingo,
abril 26 de 1879.

